

P. Gerard, una vida entregada y generosa

Mikolow, PL - Jn 6, 35 - 40

Homilía P. Milton Zonta, SDS



Queridos hermanos y hermanas.

Saludo cordialmente a su Excelencia a Monseñor Adrian Galbas SAC. Extiendo mis saludos fraternos a todos los presbíteros aquí presentes. Mi más afectuoso saludo a los cohermanos Salvatorianos y a los miembros de la Familia Salvatoriana, en particular al P. Josef Figiel, superior provincial de esta Unidad, como también los cohermanos que han venido de Suiza. Además, extiendo mi más cariñoso saludo a la familia y amigos más cercanos del Padre Gerard Rogowski. La presencia de todos ustedes aquí es motivo de consuelo, de gratitud y de paz. Les agradezco profundamente por su presencia en este día en que entonamos juntos una oración en acción de gracias por la vida entregada y generosa del Padre Gerard Rogowski, nuestro cohermano y precedente Superior General de nuestra Sociedad Apostólica.

Queridos hermanos y hermanas, cuando un amigo, un familiar se nos va, algo se muere en el alma, pero cuando se va alguien como nuestro cohermano P. Gerard, también algo se reaviva dentro de nosotros, que nos dice que no la muerte, sino la Vida tiene siempre la última palabra. P. Gerard ha sido una persona entrañable, un salvatoriano que quería a las personas y que se hacía querer por todos quienes hemos tenido la suerte de conocerlo y/o convivir con él.

Es muy bonito en este día que nos despedimos de P. Gerard escuchar las palabras del Evangelio con un sabor salvatoriano: *"Esta es la voluntad de mi Padre: que todo el que ve al Hijo (Jesucristo) tenga vida eterna..."* (Juan 6,40). Quizás cuantas veces el P. Gerard ha meditado y predicado sobre estas palabras de que en Dios hay un deseo único e incuestionable: que ninguna persona "se pierda" (Jn 6,39). Que ninguna persona viva en la desesperación ni en la





soledad. Que ninguna persona sea privada de la Vida Eterna. Es aquella vida que no muere. Es la vida que va más allá del sepulcro. La Vida Eterna es un término que habitaba en el corazón del Beato Francisco Jordán. Para nuestro Fundador la Vida Eterna es la vida vivida al modo de Dios, es decir, como un servicio a los demás, porque servir a los demás no nos disminuye, sino nos hace crecer y tener la vida de Dios en nosotros.

En diciembre del año pasado el Papa Francisco dijo: *“La vida es el tiempo de las elecciones decisivas, eternas. Elecciones banales conducen a una vida banal, decisiones grandes hacen grande la vida.”*¹ De hecho, este ha sido el testimonio del P. Gerard de no haber elegido una vida banal, sino de haberse convertido en un instrumento de la gracia y un signo visible del amor del Dios vivo, verdadero y misericordioso. (cf. Jn 17,3).

En esta época triste en que nos toca vivir, en la cual centenas de jóvenes mueren en los campos de batalla, solamente podemos agradecer a Dios Padre por la larga vida del P. Gerard en este mundo. Démosle gracias por sus más de 91 años de vida y 71 años de consagración salvatoriana. Además, fuimos agraciados por 12 años de su sabiduría al llevar adelante y visitar a los salvatorianos por el mundo, como el séptimo Superior General. Supongo que todos hemos admirado su capacidad de liderar con humildad, de saber adaptarse a los cambios y de su disponibilidad a la misión salvatoriana en distintos países.

Yo aún tengo viva en mi memoria el año de 1979, cuando yo era novicio salvatoriano en el Brasil. Un día el maestro de novicios me sorprendió al designarme para recoger en el aeropuerto de la ciudad de Campinas, al



¹ FRANCISCO. Homilía en la Basílica de San Pedro, en 21 de noviembre de 2020

Superior General de los salvatorianos. Fue la primera vez que me encontré con el P. Gerard y desde el inicio, me vi delante de un salvatoriano de gran amabilidad, humilde y con una sonrisa contagiante.

Quiso el destino que décadas más tarde nos encontrásemos tantas otras veces, pero en un contexto muy distinto, al tener que ocupar el mismo encargo que él ha realizado con gran sabiduría, llamando los salvatorianos a la unidad, porque sólo si caminamos juntos llegaremos lejos. Cuánto quisiera expresarle al P. Gerard una vez más nuestra gratitud por habernos acompañado como un cohermano mayor que sabía escuchar con paciencia, que hablaba con serenidad y nunca se vanagloriaba de su sabiduría.



Aunque estábamos al corriente de su enfermedad, nos ha tocado en estos días recibir la noticia que no queríamos escuchar. Desde la noticia de su fallecimiento, la comunidad de Casa Madre en Roma ha puesto una vela y flores delante de la fotografía del P. Gerard, nuestro superior general desde 1975 hasta el año de 1987. Al detenerme

delante de su retrato se me vinieron tres sentimientos que quisiera compartir con ustedes todos, y particularmente con mis cohermanos salvatorianos aquí presentes.

El primero es el sentimiento de la memoria de alguien que ha sido guía de la Sociedad en el contexto de los grandes desafíos postconciliares del Vaticano II. Es importante recordar, hacer memoria de este momento de la historia bajo la guía del P. Gerard. Esto nos lleva a las raíces de nuestra historia salvatoriana y eso nos hace fuertes. Porque nos sentimos arraigados en una comunidad apostólica que camina con la Iglesia. No somos nosotros los protagonistas de todo y tampoco los únicos. Tenemos un pasado que ha sido escrito por el P. Gerard y tantos otros que hicieron un camino antes de nosotros. Pidamos hoy al buen Dios que nos dé esta virtud de la memoria.

El segundo es un sentimiento de pérdida, pero también de esperanza. El P. Gerard no está más entre nosotros, su cuerpo frío aquí es solamente la cáscara de la semilla de trigo que germinó para la eternidad. Este es el destino que a todos nos espera. Sin embargo, la muerte no tiene la última palabra. Porque hemos aprendido del Evangelio que toda la vida entregada tiene sabor de eternidad y esta esperanza no decepciona. Por eso llevamos la esperanza de que volveremos a encontrarnos, junto con Dios que nos espera con los brazos abiertos. Creo que el P. Gerard en el más allá de la gloria, nos

sostenga y nos ayude a vivir la unidad en el más acá de nuestra historia. Pidamos al buen Dios que nos dé igualmente esta virtud de la esperanza.

El tercer sentimiento es el de la gran importancia de los salvatorianos que nos inspiran a seguirle a Jesucristo tras las huellas del Beato Francisco Jordán. Sobre todo, cuando estamos desanimados y ya no sabemos cómo avanzar. En este sentido el P. Gerard ha sido un salvatoriano generoso, con buen sentido de humor y siempre disponible. Su ejemplo nos invita a salir con generosidad, alegremente y con disponibilidad, y nos pide que no nos encerremos en nosotros mismos. Su historia es una invitación a una vida enraizada en Jesucristo. Muchos de nuestros proyectos hoy son seguramente frutos de las semillas que él y tantos otros salvatorianos sembraron. Así que el mensaje que heredamos de él, es el de seguir adelante comprometidos con el Evangelio, anunciándolo y dando testimonio, compartiendo lo mejor que somos y tenemos. Pidamos al buen Dios que nos dé también esta virtud de caminar en la misma dirección.

Querido P. Gerard hoy sepultamos tu cuerpo y te acompañamos con estos sentimientos de memoria, de esperanza y de caminar juntos hacia el mismo fin. El Evangelio de hoy nos recuerda del amor desmedido y gratuito de Dios y su infatigable deseo que todos tengan la Vida Eterna. Aquí reunidos hacemos nuestra acción de gracias y nuestras súplicas para que Dios Padre te dé la verdadera vida para siempre, la vida en el Resucitado, de gozo y de paz.

En compañía de nuestro Fundador, el Beato Francisco Jordán y tantos salvatorianos que están en la gloria, ora por nuestra Sociedad en estos tiempos cambiantes de hoy. Ora por tus cohermanos y amigos que te llevaremos siempre en el corazón. ¡Hasta el día que nos volvamos a encontrar!

¡Gracias, P. Gerard!

